

Querida María Elena,

Madrid, enero del 2010

Al empezar a escribir, me di cuenta de que no tenía muy claro cómo dirigirme a usted. El protocolo impone escribir a una Señora usando el “usted”, pero sabedor de cuánto nos cuesta a los artistas ser formales, temí que el formulismo se entendiera como frialdad y distancia. Entonces me acordé de cuando nos conocimos en 1999 en ocasión del premio de la Sociedad Argentina de Autores, que recibí de sus manos y de las de Ariel Ramírez, y me fui a la pesca de fotos. Eso, las fotos, las “naturalezas muertas” de nuestras vidas, me recordaron cuán afectuoso había sido nuestro encuentro. Decidí que tutearla no podía estar tan mal y aquí me arriesgo... Si me equivoqué, te pido disculpas y te ruego me pongas en mi sitio a la vuelta de correo.

Luego vino la pesquisa para averiguar cómo hacerte llegar mi carta. Envié un S.O.S. a mis “contactos” en Argentina y me llegó la información de que estabas internada. No sé si entendí bien, y te pido perdón si me equivoco, pero al niño que hay en mí le resulta muy triste que la “Reina Batata” pueda no estar bien de salud. Espero que lo del hospital no sea más que pasajero y que vuelvas pronto a tu casa.

Al grano: En 1999, unos días después de la ceremonia del premio, me llamaron de la productora García Ferré para saber si me interesaba grabar tu canción, *Manuelita*, para la película que se estaba terminando de rodar por aquel entonces. Fui a los estudios de grabación y dejé una pista registrada, pero al final se optó por una voz de mujer, aparentemente más “apropiada” a la psicología infantil. Entonces recordé tus palabras cuando me regalaste los libros con tus canciones en aquella ceremonia, y sí, a mí también me sorprende que la mayoría de las grabaciones de música para niños estén hechas con voz de mujer. Por eso, desde la anécdota con los García Ferré hasta hoy, me persiguió la obsesión de hacer realidad tu sueño: grabar canciones para niños, pero con voz de “papá”. Y lo logré. Te escribo para contarte que hace unas semanas terminé de grabar 32 de tus “joyitas”.

Metiéndome en las partituras (lo que nunca había hecho antes pues, de generación en generación, nos hemos siempre pasado tus canciones de oído), aprendí cosas como que *Manuelita* es una habanera y no una balada: ¡cuánto más hermosa queda hecha con ese ritmo tan sensual! También descubrí que la *Canción del estornudo*, *La familia polillal* o *Perro salchicha*, son teatro musical en estado puro, y así sucesivamente con casi todas las canciones. Dije a Giulio, mi pianista, que si no nos divertíamos nosotros, los niños tampoco divertirían, y si no llorábamos nosotros (¡lo que me costó grabar *La pájara Pinta* sin que se me rompiera la voz!), los niños no llorarían. Así fue y así lo hicimos —riendo y llorando— y quedaron hermosas. Elegí cantarlas en tonalidades bastante graves para que la calidez de la voz profunda hiciera vibrar el alma del niño. También simplificamos la instrumentación a su esencia, la del piano, como las recibí escritas. ¡Es increíble cómo uno se concentra en la pureza del texto y la dulzura de la melodía cuando no hay distracciones innecesarias! Ahora, estamos en el proceso delicado de transformar el material grabado en un producto (perdón por la palabra tan horrible) para que llegue a los niños de hoy, tan endurecidos por la informática, con la misma fuerza con la que llegaron a mí y a los de mi generación, tantos años atrás. A propósito, gracias por eso, por habernos acunado.

No sé cuando saldremos al público, no tengo apuro —me llevó muchos años madurar el proyecto—, pero quería que supieras de la existencia de la grabación y de mi gratitud y afecto.

Con admiración,
José Cura

Nota: terminamos de editar y mezclar las canciones en 2011. María Elena falleció en enero de ese año, nunca pude hacerle llegar esta carta, ni tampoco la grabación. Esta tristeza sólo tendrá arreglo cuando sepa que muchos niños, de cero a cien, están disfrutando de este disco que tanto quisimos.